

El premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana alcanza su vigésimo quinta edición. Son veinticinco años de reconocimiento de los más grandes poetas en lenguas española y portuguesa, las bodas de plata del ayuntamiento fecundo de Patrimonio Nacional y la Universidad de Salamanca que alumbró el premio. Bodas de plata, decimos, porque nuestra sociedad otorga una importancia especial a ese número, el veinticinco, cuadrado del número de puntas de la estrella pentagonal, que fuera el símbolo de la hermandad pitagórica y que contiene en su interior referencias al número áureo, que Luca Pacioli denominara muchos siglos después como “la divina proporzione”. Lo hacemos, quizá, como vestigio de una concepción pitagórica del universo, que irradió su influencia desde la Magna Grecia, donde los griegos habían situado el jardín de las Hespérides, para después ampliarlo, de forma que quedara mejor sumido en las nieblas de la distancia, con nuestra propia península; y así unieron a italianos y españoles como ciudadanos de Hesperia, unidad que después se haría culturalmente muy intensa por la influencia romana.

Y han querido los hados, que este premio Reina Sofía de ordinal pitagórico, se pose en las sienes de Antonio Colinas, tan nuestro y tan italiano, a quien coronamos hoy.

Se habla a menudo de *justicia poética* y puede que hoy estemos ante uno de los momentos en que esa justicia viene al ser. Antonio Colinas, con todas las reservas que se le quieran poner al hecho de clasificar a poetas, es miembro de la generación que se dio en llamar de *los poetas novísimos*. El bautismo de

ese grupo poético fue, lo saben ustedes porque se ha repetido “ad nauseam”, la publicación de una antología titulada *Nueve Novísimos poetas españoles*<sup>1</sup>. Uno de los hechos más comentados de dicha antología es la nómina de los ausentes y, muy particularmente, la ausencia de Antonio. Los autores de la introducción a la antología de su obra, que, como cada año, ha preparado Ediciones Universidad de Salamanca, dicen que “...la antología de Castellet pudo parecer entonces –y, desde luego, parece ahora- restrictiva y aleatoria...”<sup>2</sup> Y proporcionan como posible explicación la necesidad de preservar un título, *Nueve Novísimos*, que califican de “aliteración desafiante”<sup>3</sup>. Si decía que hoy hacemos *justicia poética*, no me negarán que aquello fue una tremenda *injusticia poética*, sobre todo porque salvaron la aliteración a costa de uno de los poetas españoles que mejor la utiliza. Escuchen, por ejemplo:

*Muere la luz sobre las lomas leves*<sup>4</sup>

Este es el primer verso de un poema titulado “Nocturno”, con solo oírlo sabemos que vamos a escuchar un poema, anuncia un ritmo interno. En la introducción de la antología, nos explican que Antonio Colinas tiene un enorme dominio de la aliteración, que, además, combinado con el frecuente uso del verso

---

<sup>1</sup> José María Castellet, *Nueve novísimos poetas españoles*, Barral Editores, Barcelona, 1970). Los poetas son: Manuel Vázquez Montalbán (1939-2003), Antonio Martínez Sarrión (1939), José María Álvarez (1942), Félix de Azúa (1944), Pere Gimferrer (1945), Vicente Molina Foix (1946), Guillermo Carnero (1947), Ana María Moix (1947-2014) y Leopoldo María Panero (1948-2014).

<sup>2</sup> María Sánchez Pérez y Antonio Sánchez Zamarreño, “Introducción” a *Lumbres*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2016, p.8

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> “Nocturno” *Lumbres* p. 124

alejandrino, permite una especie de segundo ritmo en el poema por el diálogo entre los dos hemistiquios del verso (aunque el verso de nuestro ejemplo sea un endecasílabo). Antonio Colinas retrata en el ritmo de su poesía la armonía del sitar. El sitar tiene entre 18 y 26 cuerdas y habitualmente el músico solo pulsa siete; el resto de las cuerdas vibran por resonancia produciendo el efecto de un segundo ritmo que subraya al primero.

Venimos así a hablar de la música de su poesía, la música, siempre tan presente en la vida de Antonio, los sonidos y los silencios. Y de manera especial, la música de Bach. Nos dice nuestro premiado que la ha considerado siempre como “matemática celeste”<sup>5</sup> pues sintoniza tanto con la idea del propio Bach de música como “teología sonora”, cuanto con su concepción como “número sonoro”, tan órfica y pitagórica, debida a Leibniz. Se diría así, permítanme la exageración, que la propia pluma del poeta insinúa que esa matemática celeste impregna su obra, lo que me llena de satisfacción, aunque sea consciente, como lo son ustedes y lo percibo en alguna mirada burlona, de haber forzado un tanto el argumento “pro domo mea”.

¿Por qué les cuento todo esto? Antonio Colinas es uno de esos poetas que ha tenido a bien explicarnos su poética. Todo poeta la tiene, pero muchos de ellos no se entretienen demasiado en manifestarla de otro modo que por la propia escritura. Nuestro galardonado nos ha regalado unos tratados sobre la armonía que no sólo explican mucho de esa poética, que no sólo nos hacen comprender, como dijera Tagore, que “la poesía es el eco de la melodía del universo en el corazón de los humanos”, sino que, además, dejan clara la inseparabilidad de

---

<sup>5</sup> Antonio Colinas *Memorias del Estanque*

su vida y su poesía. Es evidente que para todo poeta la poesía es parte importante de su vida, pero la vida de Antonio es inconcebible sin ella. Su poesía no es una tarea-oficio sino más bien una función biológica, como el respirar. Así que en él se hace verdadera la fusión de esos dos ámbitos: el binomio vida-ética junto con el de poesía-estética y se justifica, al menos en su caso, la afirmación de Wittgenstein: “Ética y estética son una y la misma cosa”<sup>6</sup>. Pienso en este vínculo de vida y poesía y lo imagino como una trenza en la que entre dos cabos asoma a veces un tercero sin el cual los otros no formarían esa trenza y que, a veces, nos *desvela* un sentido humanístico del mundo. Ese tercer cabo es desvelamiento, verdad que emerge entre la vida y la poesía.

Se dice que su generación se rebeló contra una poesía convertida en herramienta, que se lanzó a un esteticismo que, en ocasiones, podría llegar a parecer *despiadado*, pero también que Antonio Colinas se detuvo ante ese abismo, que siempre ha salvaguardado el humanismo, la convicción de que no se crea solo para sí, sino también para los otros, porque, como con el escorpión de la fábula, envenenarnos con su poesía está en su naturaleza.

Por eso estamos hoy aquí. Antonio Colinas ha encontrado la forma de reverdecer ese árbol, de recrear esa aspiración de la humanidad para unir la trinidad que los escolásticos identificaron con *Pulchrum, Verum, Bonum* o Bello, Verdadero, Bueno. Es lo que se retrata en “CLARA EN LOS UFFIZI”:

Ibas despreocupada paseando

---

<sup>6</sup> Ludwig Wittgenstein *Tractatus Logico-Philosophicus*. 6.421

por las salas de los Uffizi,  
sin saber hacia dónde dirigir tus dos ojos;  
avanzabas quizá con el cansancio  
del que ha recorrido Florencia todo el día.  
No sabías que, de repente, allí  
te iba a asaltar un poderoso símbolo:  
el de la inesperada Belleza,  
el ideal sublime de Belleza y Verdad,  
ese que (todavía) nos hace a los humanos  
más humanos.  
Botticelli fue el nombre.  
"La Primavera" el cuadro.  
No supiste qué hacer  
y te quedaste muda.  
Simplemente dejaste que hablase el corazón.  
Y te pusiste a llorar.  
Y llorabas,  
y llorabas.  
A la Verdad y a la Belleza sólo  
le faltaban el gozo de tus lágrimas.

Me dirán quizá que en el poema solo se mencionan *Verdad y Belleza*; la *Bondad* está en los ojos del poeta. Este poema es un poderoso centro en el que todo confluye: su obra como hombre, esto es, su paternidad, su obra poética, su enciclopédica devoción por tradiciones clásicas de todo el mundo y todos los tiempos, el ideal de todos los poetas de contribuir al proyecto de Schiller de una educación estética de la humanidad<sup>7</sup>, el recuerdo de Zaratustra cuando dice que la sociedad renovada solo puede venir de la inocencia de los ojos del niño que es *un santo decir sí...*<sup>8</sup>

Quizá ese día en los Uffizi estaba aquel punto mítico que Borges nos dio a conocer como *el Aleph*. Y en ese punto mítico emerge la obra del poeta, esa

---

<sup>7</sup> Friedrich Schiller *Cartas sobre la educación estética de las personas*.

<sup>8</sup> Friedrich Nietzsche *Así habló Zaratustra*. "De las tres transformaciones"

“grieta a través de la cual podemos ver la *otra realidad*”<sup>9</sup>, para mostrar aquel tercer cabo de la trenza, el que indica el sentido del mundo. Y es entonces, cuando puede reclamar legítimamente para sí lo que dice el dios Krishna:

*Nada hay absolutamente superior a Mí. Conmigo está entrelazado el Universo entero, como están enhebradas en su hilo las perlas de un collar.*<sup>10</sup>

Muchas gracias.

---

<sup>9</sup> Antonio Colinas *Memorias del Estanque*

<sup>10</sup> *El Bhagavad Gita*, canto VII-7.